



El hombre se autorealiza en la misma medida en que se compromete al cumplimiento del sentido de su vida.

"Viktor Frankl - Fundador de la Logoterapia"

El sitio dedicado a la Logoterapia y Análisis Existencial de Viktor Frankl y a la Psicología Existencial Humanista

Ma. Teresa Lemus de Vanek

[INICIO](#) | [REGRESAR](#)

El Sentido del Amor en la Visión de Viktor Frankl

Monday, February 06, 2006 - Ma. Teresa L. Vanek

El sentido del amor en la visión de Víktor Frankl

Fragmentos del artículo "El Sentido del Amor" de la obra;

"Psicoanálisis y Existencialismo.

De la Psicoterapia a la Logoterapia",

Víktor E Frankl.

Fondo de Cultura Económica

La comunidad que tiende a la creación y la actividad humanas, es lo que confiere un sentido existencial a la singularidad y peculiaridad de la vida de la persona.

El amor es la vivencia de otro ser humano, en todo lo que su vida tiene de peculiar y singular.

El carácter único de la persona y de su vida puede hacerse valer de un modo más o menos activo por medio de la realización de valores creadores (su trabajo, su manifestación artística, artesanal, culinaria, etc,..) y también de un modo, en cierta forma pasivo, que es el camino del ser amado.

Este camino del amor o, mejor dicho, el camino del ser amado en que la persona consigue sin preocuparse de hacer nada por su cuenta la realización de lo que va implícito en su persona y en su vida, por el carácter único de una y otra. En el amor, el ser amado es concebido como un ser peculiar y singular en su ser-así-y-no-de-otro-modo, es concebido como un tú y acogido como tal por otro yo.

Es insustituible e irremplazable para quien le ama sin que por ello necesite hacer nada de su parte. Es apreciado el valor de su personalidad. El amor no es ningún "mérito", sino sencillamente una "gracia".

Y no solamente gracia, sino también encanto. Para el amante, el amor hechiza el mundo, lo transfigura, lo dota de un

valor adicional. El amor aumenta y afina en quien ama la resonancia humana para la plenitud de los valores. El cosmos entero gana para él en extensión y en profundidad de valor; resplandece bajo la luz brillante de aquellos valores que sólo el enamorado acierta a ver, pues el amor no hace al hombre ciego, como a veces se piensa, por el contrario, le abre los ojos y le aguza la mirada para percibir los valores.

Y como tercer factor, hay que destacar el portento del amor. Por medio de él se logra algo inconcebible: dar vida a través de lo biológico a un nuevo ser, el hijo, lleno a su vez del misterio del carácter peculiar y singular de su existencia.

La estructura estratificada de la persona, en cuanto sujeto amoroso, ser que vive el amor y que en el amor al mismo tiempo, vive a otro ser.

La actitud más primitiva es la que se refiere a la capa externa: la actitud sexual. De la estampa física de una persona emana el encanto sexual que hace nacer el mismo impulso en la otra persona sexualmente predispuesta, afectando por tanto a esta persona en su corporalidad.

La forma inmediatamente superior de posible actitud ante la otra parte es la erótica, la persona orientada eróticamente en el sentido estricto de la palabra, no es solamente un ser sexualmente afectado sino algo más que una persona que siente excitado su apetito sexual.

Esta forma de actitud ante la otra parte considerada como fase de la relación con ella es la que solemos llamar “enamoramiento”. Las cualidades físicas de la otra parte producen en nosotros una excitación sexual; de sus cualidades anímicas, en cambio, nos “enamoramamos”. Conmoverlo en su emotividad psíquica, conmovido por la psique original (pero no por su peculiaridad única) de la otra parte, por determinados rasgos de carácter que se manifiestan en ella.

El amor (en el sentido estricto de la palabra) es la más alta forma posible de lo erótico (en el sentido más amplio del término), como la más profunda penetración posible en la textura personal de la otra parte, la vinculación con algo espiritual.

La relación directa con lo espiritual en la otra parte, constituye, la más alta forma de emparejamiento. Quien ama en ese sentido se ve afectado en lo más hondo de su espíritu por el portador espiritual de lo que en el ser amado hay de corpóreo y de emocional, por su meollo personal.

El amor es la orientación directa hacia la personalidad espiritual del ser amado, en cuanto algo único e irrepetible que verdaderamente ama.

El que verdaderamente ama, no ama algo que el ser amado “tiene”, sino lo que “es”. Quien de verdad ama ve, por decirlo así, a través del “ropaje” físico y psíquico de la persona espiritual, para poner los ojos en esta persona.

Lo Peculiar e Irrepetible

El amor es un fenómeno específicamente humano, es un acto que caracteriza como humana a la existencia del ser humano; en otras palabras, es un acto existencial.

Es el acto co-existencial -cat´ exojen- por excelencia.

El amor se caracteriza por su carácter de encuentro y el encuentro significa siempre que se trata de una relación de persona a persona.

El desarrollo y la maduración de la sexualidad parten de un mero impulso sexual que no conoce ni la meta ni el objeto (para conservar los términos introducidos por Freud). Posteriormente se forma el instinto sexual en el sentido estricto.

El instinto sexual ya tiene una meta: la relación sexual; pero todavía le falta y carece de un objeto al que tender, en el sentido de un auténtico compañero sobre el cual esté concentrado. Esta dirección y ordenación a una persona determinada, a la persona amada, caracteriza la tercera fase del desarrollo y maduración sexual, la tendencia sexual. De aquí se sigue que la capacidad de amar es condición y presupuesto para la integración de la sexualidad. O, como suelo decir, que solamente el yo que tiende (intendit) a un tú puede integrar el propio ello.

Hasta la persona de vivencias sencillas se le puede explicar con claridad que el humano, cuando ama verdaderamente busca siempre en el amor lo que en la persona espiritual de su compañero hay de único e irrepetible.

Imaginémonos que la persona de que se trata ama a un determinado ser y que lo pierde, porque muera o, porque sencillamente se aleje del sitio en que vive o se separe de ella para siempre o por un determinado tiempo; imaginémonos esto y que se le ofrece, por así decirlo, un “doble”, del ser amado, es decir, otra persona que se le parezca psicofísicamente, hasta el punto de confundirse con ella. Preguntémosle si podría trasladar su amor a este otro ser, y nos contestará, podemos estar seguros, que jamás sería capaz de hacerlo.

El acto espiritual en que captamos “intencionalmente” a otra persona espiritual se sobrevive en cierto modo a sí mismo: cuando su contenido tiene verdadera validez, la conserva de una vez para siempre.

El amor es algo más que un estado emotivo: un acto “intencional”, tiene en mientes –intendere- la esencia de esta otra persona, la “esencia “ no depende de la “existencia” y se halla consiguientemente, por encima. Así, y solamente así, puede comprenderse que el amor sea capaz de sobreponerse a la muerte del ser amado, de sobrevivir; solo así se comprende que el amor puede ser “más fuerte que la muerte”, es decir que la destrucción de la existencia física del ser amado.

No se crea que estas reflexiones obligadas a remontarse a pensamientos escolásticos o platónicos, se alejen demasiado de la manera lisa y llana de ver las cosas en realidad vívidas, cuya dignidad cognoscitiva no podemos desconocer. Para comprobarlo basta con que posemos la vista en el siguiente relato de una persona que estuvo reclusa en un campo de concentración:

“Cuanto estábamos en el campo, tanto mis camaradas como yo, nos dábamos clara cuenta de que ninguna felicidad sobre la tierra podría compensar en el futuro todo lo sufrido por nosotros durante nuestra reclusión.

Si hubiésemos levantado un balance de la dicha, solo habría arrojado este saldo favorable: estrellarnos contra las alambradas, es decir, quitarnos la vida. Los que no lo hacíamos, nos absteníamos de hacerlo llevados del profundo sentimiento de obligación. En cuanto a mí, me sentía obligado hacia mi madre a no arrebatarme la vida. Nos amábamos el uno al otro más que a nada en el mundo. Esto hacía que mi vida alcanzara, a pesar de todo, un sentido. Tenía, sin embargo, que contar diariamente y a todas horas con la posibilidad de morir. También mi muerte debía adquirir un sentido, lo mismo que a todos los sufrimientos que me esperaban antes de llegar a ella. Llevado de estas reflexiones seguí un pacto con el cielo: si lo que yo tuviese que sufrir hasta llegar la hora, también daría a mi madre, en la suya, una muerte dulce. Solo así, concebida como un sacrificio, me parecía soportable toda mi existencia atormentadora. Solo me sentía capaz de vivir mi vida, a condición de que esta tuviese algún sentido; pero tampoco quería padecer mis torturas y morir mi muerte, más que si mi muerte y mis sufrimientos tenían algún sentido.”

“No sabía, sin embargo, si mi madre vivía aún o ya había muerto. Todo el tiempo estuvimos sin noticias el uno del otro. Me di cuenta de que el hecho de ignorar si mi madre vivía o no, no estorbaba en lo más mínimo a aquellas frecuentes pláticas que mantenía en espíritu con ella”.

Mientras que las gentes “superficiales” se detienen en la superficie de la persona sin preocuparse de penetrar en su fondo, para las gentes “profundas” la superficie no es más que la simple expresión del “fondo”. Y, en cuanto tal expresión, nada esencial ni decisivo, aunque siempre importante.

Así como para quien verdaderamente ama, el cuerpo del ser amado es la expresión de su persona espiritual, así también el acto sexual es, para el auténtico amor la expresión de una -intentio- espiritual.

Lo cierto es que el amor de pareja no es sino una de las tantas posibilidades que al ser humano se le ofrecen para dar un sentido a la vida, y no la más importante de ellas, ni mucho menos. Bien triste sería para nuestra existencia, y bien pobre habría que considerar la vida humana si todo su sentido dependiera de que llegáramos o no a ser afortunados en el amor.

No, la vida es muy rica en oportunidades de valor. También quien no sea amado ni se sienta capaz de amar podrá dar a su vida un sentido extraordinariamente grande. Cabrá preguntarse únicamente si aquella incapacidad significa realmente un destino o deberá considerarse más bien como una incapacidad neurótica. En lo que se refiere a los valores vivenciales del amor vale –por analogía, la renuncia a la realización de valores creadores para abrazar los valores de actitud- aquello de que la renuncia no debe ser innecesaria ni prematura. En este terreno, fácilmente se cae en una resignación antes de tiempo.

Las personas tienden a olvidar cuán relativamente pequeña es la importancia de los atractivos externos y cómo lo que importa en la vida amorosa es, fundamentalmente, la personalidad.

La persona neurótica que no acierta a realizarse en una determinada especie de valores, sigue uno de dos caminos: o va a refugiarse a la sobreestimación de sí misma, o se consuela pensando que el campo de vida en que ha fracasado no tiene ningún valor. Por cualquiera de estos caminos va mal, obra injustamente y se precipita a un infortunio innecesario. La tendencia neuróticamente compulsiva a la “dicha” en el amor conduce ya de suyo a

la “desgracia”. De la misma manera quien se encuentre fijada a la vida amorosa en un sentido negativo, restándole importancia, también se cerrará por sí misma el camino hacia la dicha en el amor. En cambio, la actitud suelta, libre de resentimiento, “sintónica” de quien renuncia honradamente, pero no de un modo irrevocable, hace que brille más claro el valor de su personalidad y le brinda aquella última oportunidad dada a la persona que sabe atenerse a la vieja máxima de abstinendo obtinere, obtener absteniéndose.

La acentuación de la apariencia externa lleva a exagerar, en general, la importancia de la “belleza” física en el campo de lo erótico. A la par con ello, se rebaja en cierta medida el valor de lo humano.

El Horizonte de la “posesión”.

Lo que se llama el “flirteo” y, en general, las relaciones eróticas superficiales tan comunes en las grandes ciudades, pasan también de largo, de manera inconsciente, por delante de la personalidad espiritual de con quien se relaciona. No ven lo que la personalidad del otro tiene de único, de algo que sólo se da una vez, sencillamente porque no tienen el menor interés en percibirlo y apreciarlo.

Huyen de todo lo que tiene de vínculo absorbente el auténtico amor, del sentimiento de verdadera compenetración con la otra parte y de la responsabilidad que los lazos imponer siempre a quien los contrae. Se evaden hacia lo colectivo: hacia el “tipo” que en cada caso se prefiere. Así, no es una persona determinada y concreta la que se elige, sino un determinado “tipo”

El tipo femenino así preferido es la mujer impersonal, con la que es posible mantener una relación que a nada obliga, la mujer que se puede tener sin necesidad de amarla, una especie de propiedad sin fisonomía propia, sin valor propio.

Hacia lo que es la negación de la persona no cabe sentir amor. Ni tampoco fidelidad, pues a lo que es la negación de la persona corresponde la negación de la fidelidad. En esta clase de relaciones eróticas, la infidelidad, más que posible, es, podríamos decir, necesaria.

Donde falta la calidad amorosa tiene que compensarse necesariamente con la cantidad de los placeres sexuales, cuanto menos “feliz” se siente una persona, más necesita su impulso el ser satisfecho.

La existencia, en el lenguaje corriente, de expresiones como “esa mujer ha sido mía”, descubren hasta el fondo de esta forma erótica inferior. Lo que es de uno, lo que se posee, puede cambiarse, canjearse; el hombre puede cambiar, como otro objeto cualquiera, la mujer “poseída” por él, puede incluso, si lo quiere “comprar” otra. Esta categoría “posesiva” de lo erótico se da también por parte de la mujer.

Bajo el horizonte de la “posesión” ésta tiende generalmente, a ocultar con todo cuidado cuánto hay en ella de personal para no agobiar con ello al hombre, para no ser para el hombre mas que lo que éste busca en ella: el “tipo” por él preferido. La mujer común vive entregada a los cuidados en torno de su figura, su apariencia; se preocupa únicamente de “encontrar” a alguien que se fije en ella, aunque no la tome en serio, aunque no la quiera realmente tal y como es, como un ser único e insustituible, pues esto no le preocupa.

Aun a trueque de ser con ello, infiel a sí misma, a su propio yo.

Por ese camino la mujer va desviándose cada vez más de la auténtica vivencia amorosa, de la realización del verdadero amor. Cuando el hombre la busca aparentemente a ella, buscando en realidad el “tipo” que representa, no se dirige a ella misma. Sumisa a los deseos del hombre, le da lo que él necesita de ella, lo que quiere “poseer”. Ambos salen chasqueados y no puede ser otro modo. En vez de buscarse el uno al otro, se repelen en realidad, pues para poder encontrarse es necesario que cada cual busque en el otro lo que tiene de único, lo que solo se da una vez en la vida, lo que verdaderamente puede hacer de el un ser digno de ser amado, lo que hace digna de ser amada a la vida propia.

La autentica intencio amorosa penetra hasta aquella zona profunda del ser en la que el ser humano no representa ya un “tipo”, sino un individuo único. Incomparable e insustituible, dotado con toda la dignidad de lo que es único en el mundo.

Esa actitud es la única garantía de la fidelidad del amor. Traducido al tiempo de vivencia, arroja un resultado todavía mas alto, mucho mas alto: el de la vivencia de la “eternidad” de un amor.

Cuando en verdad hemos llegado a captar la esencia de otro ser, contemplándolo en el amor, tampoco puede enamorarse “corriendo el riesgo” de que el objeto de su amor revele mas tarde como indigno de el y de que, por tanto, el amor “se extinga” tan pronto como el valor de la persona amada desaparezca a los ojos de quien ama.

Simple enamoramiento como un “estado de animo” que es, esencialmente, mas o menos fugaz, debiera considerarse casi como una contradicción del matrimonio.

El matrimonio solo será aconsejar cuando ambas partes se propongan, con el, crear una comunidad espiritual de vida, y no simplemente asegurar la “decencia” común de dos individuos biológicos.

Esta unión requiere que quien entre en ella contraiga la unión “adecuada”; que además de vincularse el, sepa a quien se vincula. La madurez erótica, concebida como la capacidad interior para contraer una unión monogámica, entraña un doble postulado: el de la capacidad de decidirse a favor de una persona y el de la capacidad de guardarle fidelidad.

La juventud es un periodo de preparación para la vida, incluyendo la amorosa, hay la necesidad de educarla para que se forme la capacidad de encontrar a la persona adecuada como compañera y para aprender a su debido tiempo a guardar fidelidad al ser elegido.

VALOR Y PLACER

Max Scheler define el amor como un movimiento espiritual que busca el más alto valor de la persona amada. Por su parte, V. Hattinberg expresándose en términos diferentes, dice “el amor ve al hombre tal y como Dios lo ha pensado”.

Lleva a cabo así, una obra metafísica. En el acto espiritual del amor, no solo captamos lo que la persona “es” sino también lo que puede llegar a ser. Lo mismo debe hacer toda psicoterapia siempre y cuando se halle animada por

el espíritu. Tiene que esforzarse por llegar a ver en sus más genuinas posibilidades a la persona de que se trata, por anticipar las posibilidades más valiosas del hombre.

La captación de valores solo puede servir para enriquecer al ser humano. A veces este enriquecimiento interior constituye incluso, el sentido mismo de su vida. Por éso el amor enriquece siempre, necesariamente, a quien ama. No existen por tanto, ni pueden existir, amores “desgraciados”; esta frase envuelve una contradicción consigo misma. Una de dos: o amamos de verdad, en cuyo caso nos sentiremos necesariamente enriquecidos, lo mismo si somos correspondidos que si somos rechazados; o no amamos real y verdaderamente, no “mentamos” propiamente la persona de otro ser, sino algunas cualidades físicas corporales que “en ella” vemos o algún rasgo (anímico) de carácter que “posee”; en este caso, si podemos sentirnos desgraciados pero lo que ocurre es que no es el nuestro un verdadero amor.

El simple enamoramiento ciega, el verdadero amor, en cambio, aguza la mirada. Permite captar con mayor agudeza la personalidad espiritual del ser amado, así en cuanto a su realidad esencial con en cuanto a sus posibilidades de valor. El amor nos hace vivir al ser amado como a un mundo para si, dilatando con ello los confines; nos hace dichosos, y estimula también al ser amado, encaminándolo hacia aquella posibilidad de valor que el amor y solamente el amor puede anticipar. El amor ayuda al ser amado en convertir en realidad lo que el amante se adelanta a ver, a intuir. Se desarrolla en cierto modo, un proceso dialéctico, en el que lo amantes caminan en la realización de sus respectivas posibilidades.

La mera satisfacción del impulso sexual produce placer, las relaciones eróticas del enamoramiento causan alegría, el verdadero amor depara al hombre la dicha.

2005-2007 - Todos los derechos reservados por Ma. Teresa Vanek
<http://www.logoforo.com/>